

*El constante peligro se forma en placer*  
*Séneca*

Fotografía: Rodrigo Durán / Primer semestre, Comunicación Social-Periodismo.

# ORÁCULO

ISSN 1909286-5

2008 / No. 18

¡FUEGO! CONFIDENCIAS DE UN BOMBERO

SUEÑOS DE CARBÓN

INFIERNO GRANDE

EL SALTO HUELE PEOR QUE UN BASURERO

# RIESGOS





Diseño caratula: Grupo Énfasis de Periodismo  
Ilustración: Felipe Cardona Pulido  
email: oraculo@uexternado.edu.co

### Un juego en la intimidad

Cuando usted se come una hamburguesa o un filet mignon en un restaurante nunca tiene la opción de entrar a la cocina para observar a los cocineros, porque eso hace parte de la intimidad culinaria. Pues bien, igual ocurre con la carrera loca del oficio periodístico. Muy pocos saben lo que hay detrás de la producción de un noticiero de televisión, de un programa de radio o de un medio impreso. Lo que va a leer en estas 28 páginas es fruto de la intimidad de un largo consejo de redacción –de todo el semestre- en el que ellas, ellos y yo planeamos, discutimos y negociamos los temas. Fueron largas jornadas de los nuevos reporteros buscando que lo que usted va a leer traspase la barrera de lo estrictamente académico. Mi función fue guiarlos, cogerlas y cogerlos de la mano como al niño que está dando los primeros pasos. Sólo eso. El trabajo fue de ellas y de ellos. Unos caminaron más rápido que otros, pero lo que hoy vale la pena es que ya todos pueden hacerlo solos.

José Fernando Millán  
Editor.

### En este número

- /- 03 ¡FUEGO! CONFIDENCIAS DE UN BOMBERO
- / - 04 SUEÑOS DE CARBÓN
- / -07 EL OASIS DE LA MACUIRA
- /-08 VÉRTIGO
- /-10 "A USTED LE HICIERON ALGO ¿CIERTO?"
- / -11 PSIQUÉ - IATRÉIA
- /-12 VÍCTIMAS DEL ARCOIRIS
- /-13 NÚMEROS Y MÁS NÚMEROS
- /-14 INFIERNO GRANDE
- /-17 LIBROS INDEPENDIENTES
- /-18 FELICIDAD A CUOTAS
- /-19 "EL MAGO" DEL ESCAPE
- /-20 CLAVADOS POR MONEDAS
- /-22 CON ESPUELAS EN LA SANGRE
- /-24 EL SALTO HUELE PEOR QUE UN BASURERO
- /-26 !GOL... PEADOS!
- /-27 A ORILLAS DE LA MUERTE

Universidad Externado de Colombia FACULTAD DE COMUNICACIÓN SOCIAL- PERIODISMO  
Revista ORACULO  
Es una publicación de los estudiantes del Énfasis de Periodismo

**Redacción:**  
Alejandra Vanegas Cabrera  
Andrés Camilo Sierra Gómez  
Ángela sofía Moreno Zornosa  
Diana Carolina Camacho Caneva  
Fabio Prieto  
Felipe Cardona Pulido  
Fernando Torres Zambrano  
Ivonne Zgaib Aburad  
José Ricardo Báez González  
Juan Sebastián Gutiérrez Garay  
Juan Sebastián Morales Correa  
Karla Melo Gómez  
Leydi Johanna Velandia Acevedo  
Manuel Andrés Pazos Cadena  
María Fernanda Ayala Rodríguez  
Michael A. Valencia Carrillo  
Sandra Aristizabal Salguero

**Editor:**  
José Fernando Millán

**Director Gráfico:**  
Orlando Valencia Sarmiento

**Impresión:**  
Departamento de Publicaciones  
Universidad Externado de Colombia, Bogotá D.C.  
2008

Las opiniones expresadas por los autores no corresponden necesariamente a las de la Universidad.



www.uexternado.edu.co Página 2 de 14 - Páginas (2/20)



En medio del trancón y la lluvia por fin llegué. Después de una hora y media de camino estaba en aquel lugar de pocas calles pavimentadas y con una lluvia lenta pero que había logrado inundar algunas vías.

Fotografías: Sandra Milena Aristizabal Salguero

Por Sandra Milena Aristizabal Salguero

Desde hace 32 años, Mercedes vive con su esposo e hijo en el barrio San Benito, justo al lado del Río Tunjuelito. Están en sus orillas en una casa construida con pedazos de teja sujetados con palos de madera y una precaria puerta que se puede abrir con sólo empujar. "En el '96 fue tremendo, perdimos lo poquito que teníamos", asegura Mercedes, que no ha podido mejorar su vivienda porque el Estado y la Policía no se lo permite. Además, la venta y el consumo de drogas y los atracos hacen parte de otros tantos problemas en las noches para ella, su familia y los vecinos.

Todas las noches tienen que soportar el "zancudero" que emerge de la humedad y, en ocasiones, las piquiñas que producen en el cuerpo. Ya es costumbre respirar en contra de los olores putrefactos típicos de las fábricas de cuero que están alrededor. Vivir allí es una verdadera batalla frente a las epi-

demias que pueden ocasionar hasta la muerte. "Yo siempre mantengo con gripas feas que a veces no lo dejan a uno ni levantar", cuenta Mercedes.

El muro que construyeron el año pasado fue entregado en enero de este. Mercedes quedó muy contenta porque, dice, es seguro y así el río no se podrá desbordar de nuevo. "El barrio se ve muy bonito", dice. Antes, la gente pensaba que su casa era un basurero porque los vecinos botaban todos sus desechos en lo que ella llama su jardín. Las ratas no se hicieron esperar y les tocó convivir con ellas por un buen tiempo. La última inundación

grave del Tunjuelito fue en el año 1996. El agua llegó hasta los techos de las casas que miden alrededor de un metro de altas y a la gente la sacaron la Cruz Roja y la Defensa Civil, cerraron las puertas de las casas y dejaron que todo se inundara, no se podía rescatar nada.

El Río Tunjuelito por ahora está calmado y no ha se ha vuelto a desbordar, el muro que acabaron de construir ha traído tranquilidad a los habitantes de este sector, pero en sus caras se refleja la triste historia del pasado y el incierto futuro que les espera viviendo a orillas de un río que casi no suena pero que piedras, sí lleva. ♦



ORACULO 18 / 2008



# ¡Gol!... peados

De ser un lugar que reúne a jóvenes y adultos entorno a una misma pasión, el estadio el Campín es hoy un escenario dedicado a reflejar los miedos de sus hinchas.

Por Andrés Camilo Sierra Gómez

Más de 23 muertos en los últimos 4 años, 167 heridos, 93 detenidos dentro y fuera del estadio y un centenar de vidrios rotos de las casas aledañas al Campín, convierten el fútbol capitalino en una de las actividades deportivas con mayor riesgo para hinchas, vecinos y fuerza pública.

"Vivo pasando la carrera 30, soy amante del fútbol, hincha fiel de Santafecito lindo, hace 23 años voy al estadio y la verdad cuando se arman esas 'trifulcas' entre bandos, no se qué sea más seguro, si mi casa o el mismo Campín" afirma Gustavo Bonilla vecino del estadio.

2.500 hombres entre bachilleres, antidisturbios, carabineros y agentes de tránsito, se encargan de velar no sólo por los asistentes al evento deportivo sino también por todos los que habitan en barrios cercanos al Campín. No con gritos desafiantes donde se nombran más de una vez la madre, pero sí con la rudeza que los caracteriza y armados hasta los dientes de bolillos, escudos, gas pimienta y tanquetas blindadas con chorros de agua, se hace sentir al igual que los miles de dementes que sólo buscan dañar el deporte la fuerza pública.

"Hemos sufrido varias bajas por culpa de unos pocos que no quie-

ren la paz en los estadios, pero cada día el gobierno nos ha dotado de implementos más resistentes y adecuados para combatir este tipo de vandalismo" afirma el coronel González encargado de la seguridad del estadio.

Las barras bravas en donde se pueden incluir borrachos, drogadictos e incluso gente armada, el ingreso de algún tipo de explosivo u objeto que atente contra cualquiera de las 48.600 almas, la falsificación de boletas y el sobrecupo se convierten en el dolor de cabeza de policías y de aquellos que sólo piden a gritos que el fútbol se convierta en un deporte de paz y que en vez de muertos y heridos se vean títulos y goles.

"Se ha logrado incautar dentro y fuera del estadio en los últimos 2 meses, 8 armas de fuego, 32 corto punzantes, 100 papeletas de marihuana y bazuco y 87 botellas de aguardiente de las cuales 5 eran adulteradas" afirma el teniente coronel Sánchez de la Policía Metropolitana de Bogotá.

Hoy en día El Campín parece dejar a un lado ese papel de escenario familiar para convertirse inconcientemente en un mercado negro y sucio donde los riesgos son cada vez más comunes dentro de la afición, y la muerte puede estar acechando por el simple hecho de gritar un gol.

"Por no hacerle caso a mi esposa y regalarle a mi hijo de cumpleaños una boleta para que fuera a ver a Millonarios frente al América, lo perdí, me lo mataron de 10 puñaladas y es la hora que no sabemos quién fue" comenta con nostalgia Guillermo Medina, al conmemorar 3 años de la muerte de su hijo Jeison.

Y es que como Jeison muchos, han caído en manos de delincuentes que no pueden ver cómo un gol del equipo rival es gritado y festejado por otros porque ya están agrediendo a gente inocente. ♦

Ilustración: Orlando Valencia S.



ORÁCULO 18 / 2008

# ¡FUEGO!

## Confidencias de un bombero

Por María Fernanda Ayala

Javier Casquete no fue el sueño de todo niño lo que lo llevó a ser bombero. A puro pulmón comenzó a apagar incendios como un oficio que lo sacaría de la pobreza en la que vivía.

Hace 19 años, cuando Casquete entró al Cuerpo de Bomberos de Bogotá, le tocaba encargarse de múltiples funciones. "A nosotros en esa época nos llamaban para bajar un gato de un árbol o hasta para sacar un perro en un río; lo que la gente consideraba una emergencia". Según lo explica, los equipos de rescate eran muy obsoletos, al punto que cuando una edificación se quemaba, todos los que estaban adentro quedaban muertos.

Las emergencias eran difíciles de cubrir. "Era un bombero por cada mil habitantes". Sin embargo, se había progresado, pues en el año 60 sólo eran 145 hombres para un millón de personas. "El uniforme era herencia de herencia, los sacones de los abuelos y un casco que lo habían usado dos generaciones de hombres atrás", recuerda el bombero. En los años 90 los trajes se hicieron con alta tecnología, de manera que fue más fácil el cubrimiento de incendios y otras eventualidades.

En 1993, los bomberos de Bogotá se enfrentaron a desafortunados sucesos. La gente de Pablo Escobar había puesto bombas en la capital, cuya explosión dejó cientos de víctimas. Casquete estuvo allí y recuerda: "El atentado contra el avión de Avianca fue terrible. Veía uno pedazos como de árboles prendidos, y resulta que eran troncos de personas incendiadas. Esas son las cosas feas que tiene ser bombero. Es una carrera muy enriquecedora y al mismo tiempo muy triste."

En el caso de Casquete, este tipo de acontecimientos sombríos hacen que él recuerde la realidad que vivió en su



Fotografía: María Fernanda Ayala

niñez. El hambre y la pobreza de sus padres y sus ocho hermanos, hicieron que buscara una opción para salir adelante. "Vivíamos en un ranchito, en una ramada como decía mi papá", recuerda. Al salir del cuartel, donde prestó el servicio militar, se vinculó al Cuerpo de Bomberos de Bogotá, como una posible salida económica.

Este hombre que ha obtenido el Águila del Fuego, la máxima condecoración que se le hace a un bombero, ha contribuido a salvar la vida de niños y mujeres. Explica que para él "un incendio grave y doloroso es en el que se le quema una casa a una familia pobre, porque uno sabe que se va a quedar en la calle".

En Colombia, a diferencia de otros países, los bomberos casi no sufren accidentes. Para ellos el lema que rige su día a día es "ser parte de la solución y

no del problema". Los riesgos que enfrentan en el desarrollo de su trabajo son los físicos, como la caída de placas, paredes y muros encima; y los químicos, por la inhalación de gases tóxicos que los pueden matar rápidamente.

Sin embargo, hay riesgos más comunes que pasan inadvertidos ante la mirada de la gente. Son los psicosociales, aquellos traumas posteriores que se quedan en las mentes de estos héroes.

Este riesgo lo corrió este hombre cuando tuvo que apoyar uno de los más dolorosos accidentes que ha sucedido en Bogotá. "Me afectó fuertemente el accidente de los niños del Agustiniiano, porque a mí me tocó revolcarme entre niños destrozados. Eso me dejó marcado", señala. Cuando relata lo ocurrido ese día, de forma pausada y con la mirada perdida en los recuerdos, regresa a su mente la desgracia que presenció.

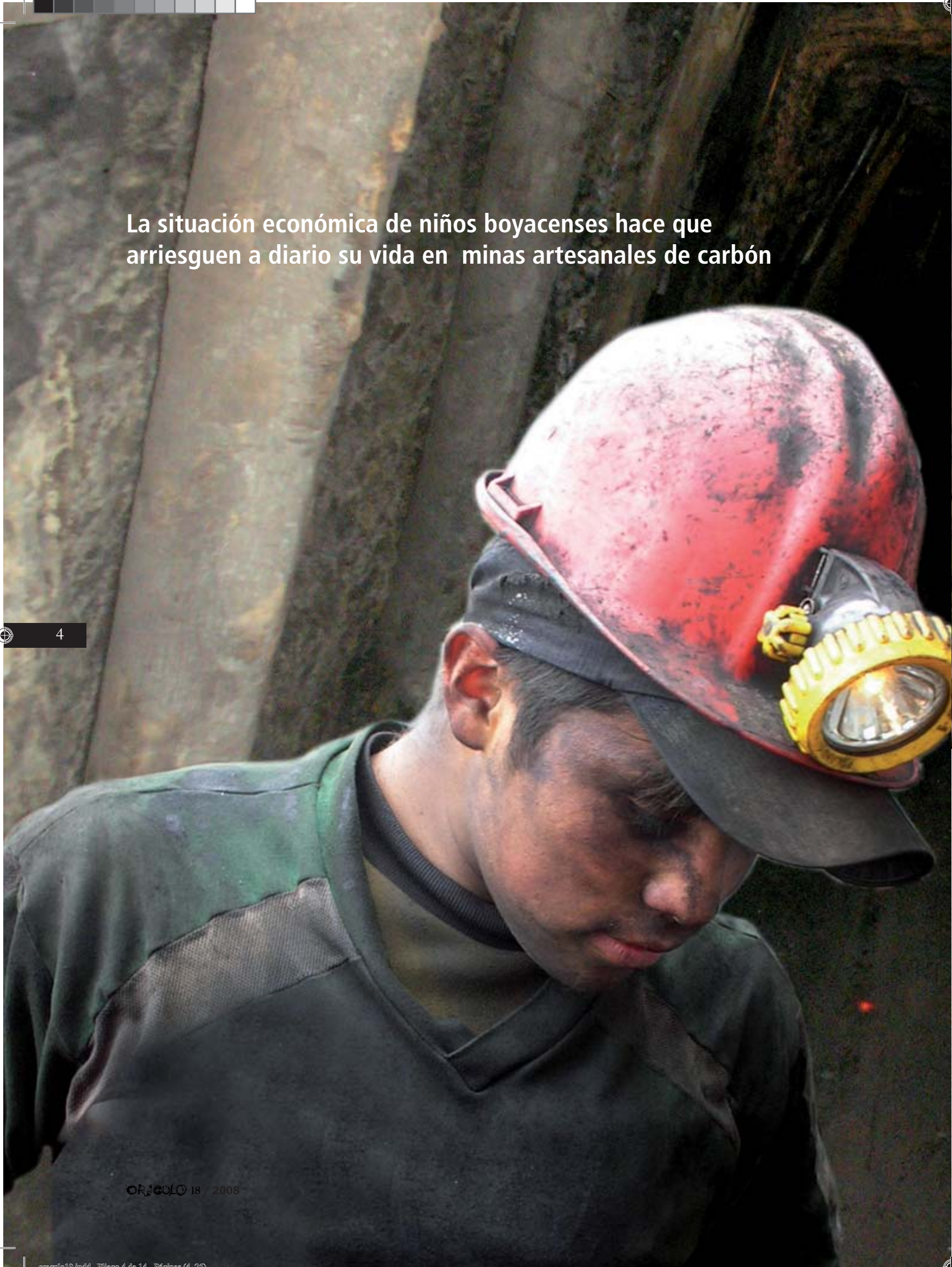
A pesar de la fuerte preparación de los bomberos para enfrentar cualquier tipo de emergencia, el trauma y la depresión después de un siniestro es una cuestión difícil de remediar. "Se está tratando de implementar un tratamiento de apoyo psicológico posterior para los funcionarios, pero aún no funciona en un ciento por ciento", asegura.

Javier Casquete está comprometido con su trabajo las 24 horas del día. "El agradecimiento de la gente que uno salva hace que a uno le nazca ese sentimiento de amor por lo que hace y, a decir verdad, yo creo que mi Dios me trajo al mundo fue para eso, para salvar vidas".

Actualmente Casquete es paramédico y técnico en atención pre hospitalaria para complementar su trabajo como bombero. Ese oficio que comenzó como una obligación, se ha convertido en su pasión y en el orgullo de su familia, tanto así que todos en casa conocen cómo extinguir un incendio y la última vez que hubo uno en el barrio, todos decían "lo apagó la mujer de Casquete, el bombero". ♦

ORÁCULO 18 / 2008





La situación económica de niños boyacenses hace que arriesguen a diario su vida en minas artesanales de carbón

4

ORIGLO 18 / 2008

archivo10.indd - Página 4 de 14 - Páginas (4/25)



25

ORIGLO 18 / 2008

29/09/2008 12:57:52

viajar a Soacha cada tres días para traer el agua para su higiene y comida. “Dos de nuestros hijos viven en Bogotá porque no se aguantaron las necesidades que tenemos aquí. Cuando empieza la temporada de mal olor es interminable”.

Todo el lugar parece un pueblo pequeño, sin iglesia ni parque. La sanidad de sus habitantes, aunque sea asunto de ellos no es la más adecuada, inclusive de aquellos que viven más cerca al Salto. La mayoría de los residentes trabajan en Soacha o Mesitas y se dedican a la agricultura o a la venta de verduras.

Todos los sábados un personaje muy singular, de barba mugrienta, piel morena y ropa en mal estado sube con una bolsa llena de chatarra en su lomo. ‘El loco Sánchez’ asegura que el Salto le ha dado fortaleza

### **La leyenda del lugar cuenta que los Muisca invocaron a Bochica, quien supuestamente apareció en un arco iris, destruyendo toda la laguna de la sabana y creando el Salto del Tequendama.**

para llevar una vida tranquila. Dice que ha escuchado voces cuando se sienta a rezar a las 4 de la tarde. “Una vez me quedé a dormir por acá, no se si serán las voces de los que se han matado o de los antiguos indígenas que aquí existían, no me dan miedo, es más los rezos me han convertido en una mejor persona, por eso no faltó ningún sábado, el día que falté es porque no conseguí ‘pa’l bus, pero este lugar está sagrado”.

Argemiro Figueroa ha vivido 41 años cerca al Salto del Tequendama. Vende dulces a la salida de Soacha y antes se ganaba la vida como guía turístico del Salto. “Conozco la his-

toria de ‘pe a pa’. Antes era un lugar hermoso, lleno de buena vibra”. Asegura que como él nadie es testigo de muchas muertes ocurridas, de los sacerdotes que hacían hechicería en el lugar y de gente “rara” que subía a hacer pactos con el demonio o con espíritus.

Mientras más se hace tarde, el olor es más fuerte, pero sus habitantes ya ni lo notan. Viven alrededor de lo que se considera una destrucción ambiental. La Corporación Autónoma Regional de Cundinamarca (CAR) lanzó un proyecto de protección ambiental, pero algunos vecinos lo consideran imposible. ♦



# El Salto huele peor que un BASURERO

A hora y media de Bogotá, está el Salto del Tequendama, un basurero de 157 metros de alto en donde viven unas cien personas en medio de la suciedad, el desamparo y el mal olor.

Por Michael Alejandro Valencia Carrillo  
Un día común y corriente alrededor del Salto es sólo y silencioso. Los turistas han ido desapareciendo desde hace 30 años. Ahora los visitantes son estudiantes de geografía, expertos en botánica o medio ambiente.

Carlos López, quien vive allí desde hace 24 años, asegura que lo único que se respira a unos quinientos metros del lugar es un poco de mal olor. Pero también hay tranquilidad. "Por acá no se aparece casi nadie, aunque los domingos bajan de Soacha y Mesitas, incluso han bajado hasta los del aseo a echar los desperdicios y basuras por estos lados", dice Carlos, mientras em-

pieza a contar historias de los indígenas que alguna vez habitaron el lugar. Asegura "A mí nunca me han asustado, se escuchan voces a lo lejos, pero nada más; es como el mal olor a lo que siempre me he acostumbrado". Yolanda, su esposa, dice que a veces no aguanta los zancudos y moscos. "Yo estoy muy acostumbrada a mi casita. Aquí no se ve la violencia ni muertes, solo se ve un poco de monte", dice esta mujer de 43 años.

La familia Duque, procedente de Soacha, se instaló en una casa que parece abandonada: no tienen servicio de luz ni agua potable, por lo que las cabezas de la familia, Luz Marina y José Orlando tienen que



ORIGEN 18 / 2008



Fotografías: Michael Alejandro Valencia Carrillo

# Sueños de CARBÓN

Por Leydi Johanna Velandia Acevedo

Por treinta mil pesos cada sábado, Sandra Chiquillo, una joven de 15 años, arriesga su vida en las minas de carbón en la vereda La Chorrera, de Samacá (Boyacá).

Entre las montañas boyacenses y las tizas negras del carbón, a escasos cuarenta y cinco minutos de Tunja, está La Chorrera, zona rural importante por la extracción de carbón en el país. Diariamente trabajan cientos de humildes mineros, algunos de origen campesino y otros procedentes de diferentes regiones colombianas, sin distinción de raza, color o edad.

La vereda está rodeada de verdes praderas bañadas por la tenue lluvia de polvillo negro. Sus calles son trochas transitadas por las mulas que transportan carbón, un desfavorable paisaje que poco a poco va decayendo por la contaminación ambiental, lo que ha llevado a que el suave olor de los campos y la tranquilidad que la naturaleza brinda se transformen en una extraña sensación de olor a azufre y caucho quemado. A pesar de su riqueza en minería y agricultura, allí el tiempo parece haberse detenido. Las noches son frías y oscuras, y sus calles desoladas, por el frío penetrante que baja por la cordillera.

En lo alto de la montaña se ve una pequeña mina, en donde Sandra Chiquillo, una humilde samaqueña, selecciona grandes y pesados trozos de carbón, que pasan por una angosta viga, atrapada por palos de madera para luego remitirlos a una tolva.

**"Me gusta jugar con el carbón, incluso juego con mis patrones".**

Después se sube en una rampa de hierro ubicada a quince metros del suelo sin ningún tipo de protección. Esto lo repite todos los sábados de 7:00 a 12:00 del día. "No me jodo tanto y me sirve para los gastos del colegio", dice Sandra, aunque considera que es un trabajo muy arriesgado y que está expuesta a que le caiga un pedazo de carbón en la cabeza.

Sandra vive con sus padres y dos de sus tres hermanos, quienes no están de acuerdo con su trabajo, porque puede afectar su salud. Pero a ella no le interesa la crítica, porque su único sueño es terminar sus estudios para ser una gran criminalista.

Junto a ella, a tan sólo unos pasos, está Joel, de 18 años, que acababa de salir de la mina. No se sabe si es negro o blanco por el polvillo que lleva encima, lo cierto es que lleva tres años trabajando en las minas de carbón, tiempo durante el cual su juventud se ha visto encerrada en un profundo y olvidado hueco, donde lo importante es trabajar para ganar, porque si no se trabaja no se puede llevar comida a la casa. "Trabajo porque me toca, por necesidad", afirma Joel. No obstante, confiesa que lo máximo que ha durado dentro de ella son ocho horas "Entro a la mina a las 7 de la mañana y salgo

a la hora del almuerzo; ingreso de nuevo y salgo en la tardecita".

Las condiciones en las que viven los niños y niñas trabajadores de las minas artesanales obligan a que muchos dediquen toda su vida a este oficio. Según La Organización Internacional del Trabajo (OIT), en el mundo hay más de 246 millones de niños trabajadores con edades comprendidas entre los 5 y los 17 años.

En Colombia, según datos del Dane y el ICBF, las tasas de trabajo infantil de niños de 5 a 17 años se redujeron, especialmente en zonas rurales, donde aumentaron en mayor proporción entre 1997 y 2003. Esto muestra la gran volatilidad de este fenómeno frente a la actividad económica. "La reducción en este período se manifestó principalmente en los niños, mientras las niñas mantuvieron las mismas tasas observadas en el 2001", indica.

Sin embargo, Isidro Gil, habitante de Samacá, dice que en esta región se nace con el trabajo en las minas. Siempre en toda mina artesanal se encontrará un menor edad. Según él, la infancia samaqueña se reduce a esta afirmación: "mi hermano está estudiando y no gana nada, y yo que trabajo en una quincena me pagan doscientos a trescientos mil pesos".

ORIGEN 18





La misma ambición por querer ganar algún dinero les impide en muchos casos ir a la escuela, aunque la mayoría lo hace por ayudar a su familia. Desde el panorama gris se hace presente la cara de un niño marcada por el tizne del carbón. Con pala en mano, Luis David Sierra, de 15 años, trabaja llenando los hornos de carbón en la vereda Salamanca. "Por cada hueco que llene me pagan ocho mil pesos", y cuenta que lo hace por ayudar en la casa y por diversión.

**"Por cada hueco que llene me pagan ocho mil pesos"**

La aterradora sensación de esos hornos marea a cualquiera. Son pequeños círculos de color blanco. En medio de ellos se percibe un calor intenso producto del fuego amarillento que contiene. A simple vista, es similar a un huevo frito, pero al acercarse, el calor se vuelve desesperante. Tanto así que el cuerpo no logra resistir más de diez segundos. La humareda que se produce a raíz de los hornos, cada día contribuye a la destrucción y contaminación del ecosistema y del ser humano. A pesar de esto, Luis expresa que no es peligroso y se divierte. "Me gusta jugar con el carbón, incluso juego con mis patrones", dice.

Problemas sociales y económicos como la escasez, el hambre y los malos servicios públicos abundan en La Chorrera. Gente humilde que debe "partirse el lomo" en trabajos riesgosos sin protección alguna, con una paga ínfima. Aún así, sus pobladores son personas que no reflejan ningún tipo de amargura en su rostro. Hombres y mujeres que, aunque les ha tocado una vida difícil llena de sacrificio, no guardan rencor hacia una sociedad que se ha olvidado de ellos. Personas que tan sólo piden que sus voces sean escuchadas y que algún día el Gobierno local les brinde una ayuda para que la situación de sus hijos mejore. ♦

Fotografías: Leydi Johanna Velandía Acevedo



pico con aguardiente para ponerlos más bravos, y recalzaba las espuelas con un poco de mejoral.

La acalorada y épica batalla ya dura cinco minutos, ninguno de los dos gallos ha recibido un golpe considerable. Caradura, el gallo contrincante de Absalón, con un ciego movimiento le lanza una "pasadera" un puntazo en el ojo; el golpe da en el blanco y de inmediato se asoma un coágulo de sangre negra sobre el pico de Absalón. Solano se retuerce de furia y mira hacia el cielo como indagando esa justicia divina que parece arrebatarse la gloria de las manos.

"Mi papá se gastaba toda la plata en los gallos, trabajaba como escolta de Moreno de Caro y no había jueves que no viniera a esta misma gallera. A veces llegaba con doscientos mil y a veces sin plata y con el gallo muerto listo para un sancocho.

Yo pago cincuenta por el desafío, porque siempre hay un gallo que triunfa y se queda hasta que otro le gane. Si gano me llevo ciento cincuenta mil. Los apostadores por lo general se llevan el doble de lo que apuestan cuando gana su gallo" dice. Absalón es un gallo muy fuerte y responde con un tiro de oído, espuelazo directo a la cabeza. Caradura flaquea pero al rato vuelve a armarse. Una arremetida mutua acompañada de un aleteo desesperado rompe el relativo silencio del público que se levanta seducido manifestándose con roncros alaridos y carcajadas. Solano saca una libreta y garabatea algo que no logro leer. "Nada hermano, sólo anotaba unos numeritos". Un viejo con el bigote de Zapata se acerca de pronto y le alargaba una cerveza. "gallo bueno el del sargento", dice el viejo mientras bebe. Solano asiente y saca otro cigarrillo que prende sin vacilación.

"A mi papá lo mató un cáncer hace como 7 años. Meses antes se había retirado del trabajo y se había ido donde un hermano en Vélez que también es un gallero, uno de los duros de la región. Allí pasó sus últimos días entrenando gallos con el fin de llevarlos a las gavelas más grandes de Colombia que quedan en Barranca y en Cúcuta, cosa que no alcanzó a realizar.



**Correnya dos minutos y la pelea asegura a los espectadores una emoción literaria, en la tribuna se contorsiona un jolgorio popular, hombres tozudos vestidos con prendas vaqueras que lejos de darles un aura de patriarcas los torna exuberantes y pintorescos.**



"Yo me dedico a los gallos hace 2 años y he tenido como 4 gallos, pero al único que he querido es a Absalón". "Qué pelea pa' durar hermano, ya van como diez minutos" dijo Solano mordiendo el dedo índice. Absalón ya no peleaba con la misma entrega. Por su parte, Caradura se tambaleaba contrayéndose de dolor ante un golpe de último minuto. "Hágale hijueputa, es suyo" agregó un hombre desde la esquina superior de la tribuna que abrazaba con propiedad a una mujer con cara de gallo. Solano lo miró con sorna y se rascó los genitales.

"Es muy común que en las galleras haya mucha puta, pero son como feas, ninguna aguanta su taponazo. Mire... y me señaló a dos o tres mujeres vestidas con desdenables vestidos y sentadas con escaso pudor, haciendo muecas de falso apetito. A mí esa mierda no me hace falta, los gallos son lo único que me entretiene".

Caradura aprovecha un descuido del enceguecido Absalón y se avalancha sobre su lomo, lo monta y de un picotazo le desgaja el cuello. Solano observa abismado como se derrumban sus esperanzas de salir triunfante. Su gallo cae herido de muerte en la arena. El juez decreta el ganador, su hermano recoge el gallo. En la tribuna hay gritos de júbilo porque se esperaba un triunfo del gallo del sargento que venía ganando desde hacía tres semanas. Unos pocos se acercan a Solano y le dan el pésame como si se tratara de la muerte de algún familiar.

Luego del fatídico desenlace Solano se marcha hacia las mesas y pide una cerveza, la rockola vocifera una música trasnochada, de idilios sin porvenir. "Bueno hermano. A seguirla" apunta mientras observa como su hermano la da lona con el cadáver de Absalón a una trozada mujer a cambio de unos pesos. ♦





# Espuelas en vez de SANGRE

22

Por Felipe Cardona Pulido

Un espeso sudor salpica las sienes de Solano ante la imagen convulsionada de su único gallo en batalla. Poco le importan los gritos alicorados de los apostadores que se agolpan afiebrados en torno al ruedo. Ate-nazado a su silla de ruedas fuma en silencio, envuelto en la amorosa intimidad del humo. De pronto su brioso animal ofrece un picotazo certero al lomo de su contrincante. — ¡Vamos Absalón! Vocífera Solano y sonríe, con esa sonrisa que suelen tener los enamorados. Absalón, el gallo cenizo traído especialmen-

te de La Vega por su tío, es su segundo gran amor, antes ya se había enamorado pero no le resultó: “Después del accidente, Anabel, la novia que tenía me dejó porque... dígame, ¿qué mujer se aguanta que su hombre esté en silla de ruedas?” Una noche de septiembre 2001 cuando transitaba en su moto totalmente ebrio, un taxi se le atravesó en frente de Bavaria y el golpe fue inevitable. Luego de estar hospitalizado 4 meses en la Clínica Palermo se enteró de que nunca más iba a volver a caminar.

Corren ya dos minutos y la pelea asegura a los espectadores una emoción literaria. En la tribuna se con-

torsiona un jolgorio popular, hombres tozudos vestidos con prendas vaqueras que lejos de darles un aura de patriarcas los torna exuberantes y pintorescos. La gallera El puente ubicada en la calle 68 con avenida Boyacá, sector agitado de la ciudad, es un espacio imposibilitado para los matices, aquí todo se halla revestido por el color de la hostilidad.

“Mi padre fue el que me enseñó todo sobre la vaina de los gallos” apunta Solano como desperezándose. “Entrenaba sus gallos los martes y luego los bañaba con agua tibia con cuidado porque la pluma es delicada y se puede partir. Los días en que había pelea les friccionaba el

ORÁCULO 18 / 2008

# El oasis de La MACUIRA

Es un parque natural sagrado para los Wayuu, ésta serranía cuenta con paisajes impresionantes que pueden cautivar a cualquiera. Desprenderse de lo material y visitar un lugar donde los ecosistemas se juntan; playa, desierto, boques de niebla y cascadas, llena de vida.

Fotografías: Juan Daniel Taboada

Por Ángela Sofía Moreno Zornosa

Para llegar a La Macuira es necesario buscar un guía, camionetas todo terreno o ir en transwayuu, que pasa sólo los domingos repleto de chivos e indígenas. El camino empedrado conduce a Nazaret. De ahí para adelante todo es a pie.

Nazaret es un pueblito en el norte de Colombia, queda cerca de La Macuira. Es un lugar muy sencillo, las mujeres visten sus mantas llenas de colores fuertes y vivos, caminando con paciencia; los hombres son unos verdaderos machos que tienen fuerza al hablar. Las tiendas son llenas de productos venezolanos, los restaurantes tienen la sazón perfecta para chuparse los dedos en medio de la nada... El hospital fue construido hace poco. Ese sí es grande y lleno de personas. Hay una ambulancia.

Los baños son primitivos con baldes que permiten que funcionen a la perfección. Recorrerse Nazaret es cuestión de 40 minutos.

Dentro de la serranía no hay señal de celular, ni televisión, ni radios, ni baños. Se vive como antes de Cristo.

La Macuira, sagrado para los Wayuu, atrae por sus diferentes ecosistemas, desiertos, playas, bosques de niebla y cascadas gigantes. Hay momentos en los que la vista es el mar unido con el cielo y la montaña. Realmente es algo impresionante. Es como ese estado oceánico de plenitud del que habla Freud.

Las noticias pueden tardar más de lo normal, como la muerte del tenor italiano Luciano Pavarotti, el 6 de noviembre de 2007, que llegó a Sócrates, un habitante de La Macuira, tiempo después, el 9 de enero de 2008 en la noche; tal vez él no lo cree todavía.

La Macuira es un lugar para desprenderse de lo material y fijar la mirada en cosas que valen la pena. Sus paisajes, los animales y la cultura se prestan para un descanso

pleno. El riesgo que se corre es el de desprenderse de la contaminación auditiva. En vez de ver un bus se verá un chivo o un camión repleto de personas Wayuu. No se toman cosas frías aunque sea el único sueño de cualquiera que se encuentra en las dunas de arena. Los baños se hacen en cascadas. La comida a pesar de no ser la mejor, es un manjar en medio de la travesía, las comunicaciones con personas fuera de La Macuira simplemente no existen.

La dormida es en hamacas, cualquiera logra dormir después de las caminatas que parecen eternas y el dinero no vale nada, pues no hay qué comprar aparte de unas cotizas que son los zapatos ideales para caminar como Wayuu. Allá se cambian chivos por cosas, y mujeres por chivos. ♦



ORÁCULO 18 / 2008

7



# Vértigo

El cielo está gris. Mauricio Rodríguez me pasa un casco de color rojo y me pregunta por el seguro médico. Las manos me sudan. Estoy próxima a subir el edificio en construcción más alto de Bogotá. Le tengo pánico a las alturas. Las escenas de la película *Máximo riesgo* con Sylvester Stallone se repiten una y otra vez en mi mente, no puedo olvidar a la mujer que sostiene con toda su fuerza, luego de reventarse una cuerda, y que en el intento de su rescate se resbala lentamente de su mano, hasta caer.

Por Karla Melo Gómez

Hay 640 obreros trabajando en la construcción del edificio Torres de Altavista, ubicado en la carrera 13 No. 32 - 49. Vamos a subir por el malacate, no sin antes cargarlo de cemento. Rodríguez, jefe de seguridad de la construcción, coloca tres ladrillos en la esquina del ascensor para que la montaña de cemento no cubra mis tenis. Hay catorce obreros observando la faena. Unos se ríen y otros chiflan. Ya cargaron el cemento, y Alex, el encargado de manejar el malacate, asegura la puerta, oprime el botón rojo para subir pero

no funciona, al parecer es exceso de peso y uno de los obreros se tiene que bajar. Vuelve a oprimir el botón y tampoco funciona, la malla en acero no quedó bien ajustada, Alex me dice que no me recargue en la malla. La situación me da un mal presentimiento, pero ya estoy adentro, no puedo salir. El malacate se vuelve



ORIGLO 18 / 2008

www.origlo.com.co | Píngües 6 de 11 | Píngües (6, 20)

nectaba Cundinamarca con Tolima hoy es solo un lejano recuerdo que los pequeños clavadistas no ubican entre las acaloradas remembranzas que han vivido en Girardot. Allí es donde nació esta 'profesión' y desde esas vigas metálicas se hizo famosa por más de veinte años esta actividad, que era vista como un atractivo turístico del antiguo puerto mercantil.

En octubre me cuenta Harold, es sin duda el mes donde las monedas vuelan más que cualquier otro. El Reinado Nacional del Turismo tiene lugar a mediados de ese mes y Girardot está repleta de turistas. "A veces me botan billetes", me dice entre risas, "la vaina es que se mojan, pero eso los pongo a secar en una piedra. Hay que estar pendiente que no le tumben a uno el billetico".

Su madre se llama Uvaldina, ella es lavandera igual que Inecita, la abuela de nuestro pequeño clavadista. Aunque sea eso es en lo que trabajan la mayoría del tiempo. Este domingo prestan sus manos a la cocina del restaurante El Morichal. Harold Mauricio Díaz aporta para el mercado, de los \$20.000 que se gana un día festivo en la Isla del Sol clavándose por monedas, \$10.000 se los da a su mamá y el resto lo apuesta en juegos de videos con sus amigos. El fútbol es su pasión, y en Video Atari, lugar donde le alquilan por horas un Play Station, siempre escoge al Inter de Milán, el mismo equipo que controlado por sus manos ha llevado a varios títulos, y de paso, a multiplicar las monedas que gana en el río.

Él ha visto en los noticieros a Orlando Duque, clavadista colombiano campeón mundial en saltos de altura, dice que tiene mucho "guevo". "Ese tipo se lanza de peñas demasiado empinadas", comenta un impetuoso Harold, "un día de estos se va a matar". Duque tienes algunas ventajas sobre Harold y su 'gallada'. Ha ganado más de 25 títulos en el mundo y ostenta dos Record Guinness, lo cual se traduce en un patrocinio millonario de la compañía más grande de bebidas energéticas del planeta, Redbull. Harold tiene el récord de más saltos hechos desde 'La Peña' de La Isla del Sol,

además cuenta con el reconocimiento de los ricartenses, y claro, Harold recibe el patrocinio de Uvita y de doña Inecita.

"La vaina se complica cuando no llegan turistas...Melgar se ha convertido en la amenaza de nosotros (los girardoteños), la gente prefiere quedarse allá y no arrimar por acá", dice Inecita, desde una boca en la que se arriman un par de dientes que resaltan ante los huecos que la pobreza ha dejado. En la boca de la abuela deberían ir los incisivos y un colmillo, pero como dice ella, "¡no se aterre!, acá eso es normal, uno que va a andar pagando a un tipo pa' que le meta las manos a la jeta".

Pero hay algo en lo que el campeón Orlando Duque no puede equipararse con este amateur de los clavados: disfrutar tanto un helado de mora regalado por una familia de calaqueños como lo hace Harold con su sonrisa chorreante. ♦



21

ORIGLO 18 / 2008

29/09/2008 12:58:15





Fotografías: Juan Sebastián Morales Correa

# Clavados por MONEDAS

20

Por Juan Sebastián Morales Correa

El sol apremia, el Magdalena hierve, ellos aseguran sus 'pantalnetas'. Las monedas caen disparadas de las manos turistas directo al río. Los niños saltan desde una roca o desde el abandonado puente. Hay que agarrar el metal antes de que se hunda en el río. Hay que agarrar la de \$500, la de \$100 no justifica el 'planchazo'; un, dos, tres al agua.

Harold sonrío gracias a la paleta que le acaba de comprar una familia que ha venido a 'piscinear' desde Calarcá. El rojizo de la paleta, hecha con químicos que pretenden asemejar el sabor de la mora, dibuja una sonrisa inmensa en la cara de este niño de 13 años nacido en Flandes (Tolima). Aunque sea flamenco, Harold vive en la costa del Río Magdalena que pertenece a Girardot,

en una casa de tejas calentanas y calados en las paredes para contrarrestar el inevitable calor del barrio Buenos Aires.

Ya su hermano no lo acompaña a conseguir 'plata' al río. Antes, él era quien le enseñaba los secretos de cómo entrar bien al agua. "Al principio me cascaba duro y me salían moretones, pero Steven me sacó un tiempito y me enseñó como es que era la cosa." Se refiere a la actividad que él ha adoptado como sustento; saltar desde una roca de 7 metros o desde el pequeño puente ubicado en La Isla de Sol, frontera de las poblaciones de Ricaurte y Girardot, donde el Río Magdalena atrae a los turistas en la veintena de 'puentes' del calendario.

Estos visitantes les tiran monedas al aire, y en el vacío, los niños se lanzan para hacerse lo de la comida y los juegos de video.

"Antiguamente sí se podía saltar desde el Puente Férreo, pero hubo una época donde empezaron a joder los tombos y nos tocó venirnos pa' la Isla del Sol", sostiene Steven Díaz, 11 años mayor que su hermano. Se refiere al puente que comunica a Flandes con Girardot, hoy en día transitado por un vagón que busca asemejarse a un tren, en el cual se cobran \$1.000 por un viaje de 13 minutos entre las dos poblaciones. Antes la única atracción de esta monumental obra arquitectónica eran los niños que saltaban por las monedas. Esta actividad no duró más de un año en este puente, pues fue prohibida por la alcaldía debido al riesgo inminente que representaba.

Más de 15 años han pasado desde que el antiguo puente que unía a Girardot con Flandes se cayó por la nula gestión de los mandatarios de la época. El puente que antes co-

a detener y Alex enojado levanta el cerrojo y lo asegura de un sólo golpe. La puerta del malacate se abre en el piso veintitrés y lo primero que veo es una plataforma de cemento sin paredes a los lados.

Camino muy despacio tocando la pared con mi cuerpo mientras respiro profundo varias veces. Vamos hacia las escaleras en obra gris, aún faltan ocho pisos para llegar al último y las imágenes catastróficas siguen atormentándome, tengo un temblor en las rodillas y ganas no me faltan para devolverme pero tengo una historia que contar.

Me asomo por un pasillo y veo a un trabajador subiendo cemento desde una pluma, un cono metálico que puede subir más de una tonelada de concreto. Chucho tiene 46 años de edad, trabaja a más de noventa metros de altura en un tablazón que sobresale de la plataforma de cemento.

—¿Le tiene miedo a la altura?— le pregunté.

—Un poquito sí. Pero cuando tiene que alimentar a su familia más vale que se acostumbre, ¿sí o no?— responde entre risas.

Al parecer estoy somatizando el vértigo, tengo ganas de hacer chichí, sudo frío, pero me controlo y sigo subiendo las escaleras. Rodríguez me distrae comentando que el trabajo de más riesgo y cuidado en la obra es el del plumero y rematador de fachada, quien debe subirse a un andamio sostenido de dos guayas tan delgadas como un pitillo.

Estoy en el penúltimo piso, tengo un temor intenso a perder el control.

Me agarro del brazo de Rodríguez y le digo que no me suelte. Hay dos tablas conectando las dos torres, yo asciendo desde la torre A que está separada de la torre B por dos metros. Hay apenas dos tablas comunicando las torres. Abajo al lado izquierdo una tabla con arena y al lado derecho, el abismo en mi cara, sólo dos cuerdas sin templar están amarradas a dos tubos de lado y lado del edificio y no las pienso agarrar.

—Este es el único paso para llegar al piso treinta. La torre B lleva un piso de ventaja sobre la torre A. ¡Camina, no pasa nada!— dice Rodríguez

—Hasta aquí llego yo. Tengo el corazón a mil. En qué momento esta historia resulta siendo otra. No soy capaz—.

Mi única protección es un casco, no tengo arnés y no puedo sujetar ninguna cuerda. Es impresionante, no hay una sola pared a mi alrededor, me acerco un poco al abismo, miro hacia abajo cuidadosamente, tengo visibilidad de 360° grados de Bogotá. Me alejo del abismo, tomo algunas fotos y llegan cinco obreros, que terminan enterándose de la imposibilidad mía para pasar al otro edificio. Demostrando su capacidad y normalidad ante la situación, comenzaron a decirme cómo debía pasar, no podían evitar la risa, no sé qué les parecía tan chistoso, pero comenzaron a mostrarme las mil y un formas de pasar. "El negro" me dijo que lo observara, pensé que lo haría con cuidado, pero no, pasó brincando en un sólo pie, como jugando golosa, luego se detuvo en el centro de las tablas y

miró hacia abajo con frialdad.

—Pase mamita, pase— dicen dos obreros

—Hágale, hágale. No lo piense tanto—

Me alteré bastante. Recordé que mi hermana era la única que sabía dónde estaba. Varios corrientazos pasaban por mis manos. Mi respiración era muy agitada y podía sentir la tensión muscular de mi cuerpo. Tenía que arriesgarme, pero hacerlo bien, así que Rodríguez pasó primero, y en la mitad del corto trayecto giró su cuerpo hacia mí, sujeté su antebrazo, di los primeros pasos, contuve la respiración, ya me faltaba un paso para llegar y de una forma inconsciente mire hacia abajo, no terminé de inclinar mi rostro cuando Rodríguez me jalo hacía él.

No lo podía creer. Estaba en la torre más alta, en el piso treinta, a cien metros de altura de frente al vértigo. Estaba en el límite, en la construcción de cincuenta mil millones de pesos caminando a paso lento sobre la plataforma de acero y concreto mirando la ciudad. Pero quedaba lo más difícil bajar, pasar de nuevo por las tablas que conectaban los edificios, había olvidado esa parte sonriendo para algunas fotos y cuando lo pensé le dije a Rodríguez que estaba más nerviosa que al principio, y me contestó —fresca que yo conozco otro camino, uno más seguro por donde no te quise subir—. ♦

Fotografía: Karla Melo Gómez

9





# “A usted le hicieron algo ¿CIERTO?”

Rasguños en el cuerpo, voces, reacciones inexplicables, sentirse observado, mal de ojo, mala suerte, enfermedades repentinas, plantas de los pies calientes son algunas de las miles de consecuencias que sufre una persona que ha sido el juguete nuevo de la bruja.

Al entrar al lugar hay más de cinco personas esperando su turno, la mayoría de ellas mujeres mayores de 30 años, con billetes empuñados. Una tras otra iban pasando. Gritos, silencio, un olor indescriptible deja ese pequeño lugar ubicado en Villavicencio. Por fin una voz grave y seca dijo: “Siga”. La bruja finalmente me atendió. Me senté en una silla de madera casi desbaratada. Perseguí con la mirada cada acción que ella realizaba. Me miraba. Tenía unos cincuenta años, algunas canas, piel trigueña, vestido de flores opacas, uñas lar-

gas y quebradas, manos con callos por todos lados, y ojos turbios, tan oscuros, que me hacen sentir un frío tenebroso cada vez que me observa. “¿A usted le hicieron algo, cierto? Se le nota. Lo que le tienen, es envidia”. Sin saber qué decirle, me quedé perpleja mirando sus manos que cogían un péndulo que colgaba de un cordón negro. “Sí, se le nota. Lo que tiene no es nada. Eso se le pasa con que coja una rama mataratón y la sumerja en un balde con agua, le echa además... y reza unos tres o cuatro padres nuestros, y verá que se le quita”. El lugar estaba lleno de santos. Era oscuro y había algunas fotos con agujas, olía a húmedo, a viejo, a tabaco y volaba uno que otro mosco por la habitación. Un espejo pequeño bocabajo y gran variedad de plantas colgadas, hasta ajos podridos y sal regada en el piso había en la habitación.

Aquel lugar estaba lleno de frascos con líquidos de diferentes colores que resolverían la vida: mal de amores, inteligencia, suerte, dinero... las personas lo compran porque no dudan de su efecto. Cuando esperaba mi turno, se escuchan algunos rezos cristianos, otros en una lengua extraña. Susurros.

Salió un hombre, Leonardo. Aterrorizado, con sus medias en las manos, sudando. Se sentó. Anda con un limón en el bolsillo de su pantalón para que no le echen mal de ojo, “mire, se pone la cabeza del limón mirando hacia la persona, y lo espicha con el pie, y esa persona se va de su lado”, dice.

Hace unas semanas le había tocado bañarse en el río. La bruja le dijo que se restregara con un jabón de ropa de color azul, que además llevara puesto unos calzoncillos viejos, le dijo que se sumergiera y se cogiera muy fuerte de una piedra. Después, que se quitara sus calzoncillos y los echara al río sin verlos. Al salir, Leonardo vio los rasguños que había en su cuerpo. Ella dijo “a usted lo que le pusieron fue una bruja para amarrarlo”. Su vida no podía empeorar.

Salí de la habitación. Leonardo seguía sentado. Afuera el pueblo igual. No alcancé a cerrar la puerta principal cuando escuché, “siga”. Volteé a mirar. Era ella, la bruja con los ojos turbios, de nuevo se me erizó la piel. ♦

Por Ivonne Zgaib Aburad

Ilustración: Orlando Valencia S.



ORÁCULO 18 / 2008

# “EL MAGO” del escape

Su primer trabajo fue en Madrid. La víctima, un joyero judío que transportaba diamantes.

Por Manuel Pazos

Las manos le sudaban, no sabía como iba a empuñar el arma, ni lo que iba a decir. Sólo tenía en mente al “bambero” o joyero. Iba de copiloto y su experimentado compañero de aventura sólo le daba explicaciones que no escuchaba. Rogaba que no lo fueran a matar o agarrar. Después de un frenazo violento y un giro sobre el Mercedes plateado de la víctima, “El Mago” salió con ímpetu y lo agarró por la cabeza, obligándolo a doblegarse para un pequeño paseo “colombiano”.

Ese día se emborrachó, gastó, compró pinta y pagó puta, pues ya había pasado lo peor: su primera vez. Empezó a mandar plata a su casa, donde su hermano era uno de los más reconocidos y respetados “inters” de la ciudad.

Antes de su “primer trabajo” en Europa, Andrés Mauricio Pérez reparaba carros, en el barrio 7 de agosto de Bogotá, reconocido por la venta y arreglo de automotores.

En España, empezaba la circulación del euro y las colonias colombianas de los llamados “inters” o ladrones internacionales, empezaban a tener gran figuración dentro del círculo delincriminal. A finales de los 90 llegaban, ladrones de apartamentos, secuestradores de joyeros y oficinas de cobro del sicariato.

Pérez, que no se llama así, tiene más de 15 alias. Para viajar es necesario la compra de documentos falsos: cédulas, pasaportes, registros y licencias internacionales. Las nacionalidades casi siempre son mexicanas, pues el parecido cultural hacen de la fachada un buen disfraz. Son ladrones sin fronteras, van de país

en país buscando convenciones de joyeros. Pueden llegar a recorrer más de 8 países en un mes, como Malasia, Japón, Hong Kong, Suiza, Holanda, Alemania Y Bélgica.

En España, Pérez aprendió todos los trucos del arte del escape. Desde abrir cajuelas de carros, forzar cerraduras y engañar guardias de seguridad, para cuando llegaran los carros de valores, distraer su atención con cualquier tipo de pantomima teatral. De allí nació su apodo de “El Mago”.

“El verdadero golpe de suerte, que lo saca a uno de pobre esta con los joyeros”, dice. No necesitan hacer más robos. Bastan dos “bambas” (collares de diamantes), para llegar millonario a casa.

Con el paso del tiempo. Compró camionetas, motos, apartamento en el lugar más exclusivo de la ciudad, comía en los mejores restaurantes, e invirtió en un almacén de repuestos de carros en el 7 de agosto. “El Mago” se preparaba para su próximo viaje. Vendió las camionetas y su almacén de repuestos, para sostenerse en Europa. Después de año y medio, volvió a España. La víctima era un joyero y sólo tenía que manejar su carro y estar alerta de la Policía. La táctica fue la misma: cerrar el carro del “bambero” y controlar la fuga. Fue un éxito. Alcanzaron a llevarse 3 piedras preciosas y 40.000 euros en efectivo.

Después llegaron dos semanas de rumba. La última noche se fue de copas a un bar. Ya borracho invitó a unos amigos a una fiesta en su nuevo piso en Madrid. Pero la borrachera era tal que no pudo controlar sus reflejos y chocó contra un poste de la electricidad en la plaza Sanjuán de la Cruz, en el epicentro de los ministerios españoles.

Su error, manejaba el mismo auto con el que había realizado el robo. La Policía cotejó las placas, lo detuvo y lo encontraron culpable de hurto agravado por intento de secuestro. Pasó 40 meses en la cárcel, aprendió repostería y leyó mucho de marketing y biografías de exitosos empresarios.

En Colombia, su familia pasaba por una trágica pérdida. Su hermano mayor había sido asesinado por ajuste de cuentas. Perdió todo lo que había construido. Sin hermano, ni dinero o una base donde construir futuro, empezó de nuevo en el negocio de los carros, ya no como dueño del negocio, pero con un digno trabajo. No es un final de Hollywood, donde los ladrones triunfan, son millonarios y nunca los atrapan. Es una historia de la vida real donde quedan atrapados un sinnúmero de jóvenes colombianos que solo sueñan con un futuro mejor. ♦



Ilustración: Diego Alejandro Monge

ORÁCULO 18 / 2008



# Felicidad a CUOTAS

**Amanda Rodríguez hace 4 donaciones mensuales al culto. Suman \$1'056.000 al año, cuando ella sólo se gana el mínimo.**

Por María Alejandra Vanegas C.

En Colombia hay una proliferación de cultos y credos, derivados principalmente del cristianismo protestante, que ofrecen salidas a los problemas de la gente. Tal fenómeno cobró fuerza con la Constitución de 1991, que abrió la puerta para la libertad de credos.

Según Julio Hernández, un hombre alto de textura gruesa y rasgos fuertes, pastor de la iglesia Cristo la Esperanza, los donativos no son una obligación. "Dios me da a mí y

yo tengo el compromiso de darle lo que recibí. Está estipulado en las escrituras", dice.

Los aportes que hacen los fieles al culto Renovación en Cristo son de cuatro tipos: Uno es para ampliar el templo. Otro es la siembra, que se entrega voluntariamente ("lo que se siembra, Dios lo devuelve con frutos"). También está el diezmo, que se suministra cada vez que se recibe dinero y se usa para los gastos del templo. Finalmente está la ofrenda, un regalo que se da cada ocho días en el culto especial.

Con una gran sonrisa dibujada en el rostro y los ojos iluminados por la fe, Amanda Rodríguez, quien lleva 7 años en esta iglesia, opina que "Dios da la paz para sobrellevar las circunstancias difíciles. Yo duré casi 2 años sin trabajo. Y gracias al apoyo que Dios me ofreció por medio del culto, pude soportar esa prueba de fe y salir adelante".

Es la hija menor de una ferviente

familia católica compuesta por 10 miembros. Es administradora de empresas de la Universidad de la Salle y tiene 37 años. Tras la muerte de sus padres, a quienes cuidó durante la vejez, vive sola en un pequeño apartamento en Fontibón.

Para Enrique Serrano, especialista en nacionalismos y fundamentalismos religiosos, "las iglesias y los templos tienden a transformarse en entidades económicas, pues se paga por recibir sabiduría". Y agrega que "los pastores manejan una retórica hábil para profesar su doctrina, reclutando y convirtiendo a los pecadores por medio de la psicología de la culpa. El arrepentimiento funciona como reconstructor de las conductas. También recurren a la taumaturgia o facultad de hacer milagros, para sanar enfermedades. Así, los resultados positivos validan la existencia de los cultos".

Enver Torregoza, magíster en filosofía y especialista en religiones, dice que "ser fanático es una condición psicológica en la que la persona se entrega plenamente a una creencia, inclusive hasta el punto de sacrificar su propia vida. Esto no es un problema mientras sean felices y sus creencias se muevan dentro del marco ético y del respeto hacia los demás", dice.

"El problema que puede surgir con estos cultos protestantes es que personas sin un conocimiento legítimo o formal funden templos con la única finalidad de recibir dinero, aprovechándose de una situación de dolor o debilidad", agrega.

Entregar dinero a cambio de felicidad es la manera como funciona el capital, es su fundamento, como fenómeno mundial se ha inmiscuido en todas las esferas, incluso ha creado un mercado de la fe. ♦



Ilustración: Toxicómano Callejero



Ilustración: Giovanni Casar

## Psiqué-iatréia (reestableciendo el alma)

Por Juan Sebastián Gutiérrez Garay

Ciento veinte pasos hay que recorrer desde la puerta de entrada hasta donde están los enfermos mentales. Los objetos adquieren una función exclusivamente espacial y el silencio imperante acalla voces, ataques y gritos ansiosos en una de las clínicas psiquiátricas del occidente de la capital. Pequeños arbustos y jardines sin vida rodean el paisaje. No es fácil saber quién es el paciente de la clínica. El dolor, familiar o personal, no debe trascender. En horario de visitas, afuera en unos parasoles rotos y oxidados, el sonido de las voces es imperceptible y las miradas melancólicas.

Altavoces gigantescos, viejos y raspados que hay en las esquinas de los largos pasillos solicitan personal médico en intervalos casi exactos de 30 segundos. Los pasos retumban en el piso brillante y se pierden en los barrotes de hierro de las escaleras, es una visita casi carcelaria.

La calle 13 con avenida 68 es un lugar de Bogotá característicamente convulsionado por el tráfico, el ruido y la producción industrial. Allí, casi escondida, hay una de las pocas instituciones especializada en tratamiento

de enfermedades mentales y rehabilitación. Se trata de la Clínica Nuestra Señora de la Paz, que sobrevive a la reestructuración hospitalaria nacional que obliga a estos centros a convertirse en unidades de salud mental.

No es fácil -dice la psiquiatra Laura Victoria Giraldo, que organiza las prácticas médicas en este sitio- establecer los riesgos a los que se exponen los profesionales de la salud cuando trabajan con esta población. Pero pueden identificarse problemas de agresión o violencia extrema en pacientes con trastornos graves y problemas de comportamiento.

Jonathan Garcés es uno de los pacientes que saldrá pronto de la clínica. Su entusiasmo evidente no es más que un trastorno maniaco. La doctora Giraldo mira curiosamente cómo este joven de 22 años relata afanosamente su experiencia cuando consideraba enemiga y diabólica a su propia familia.

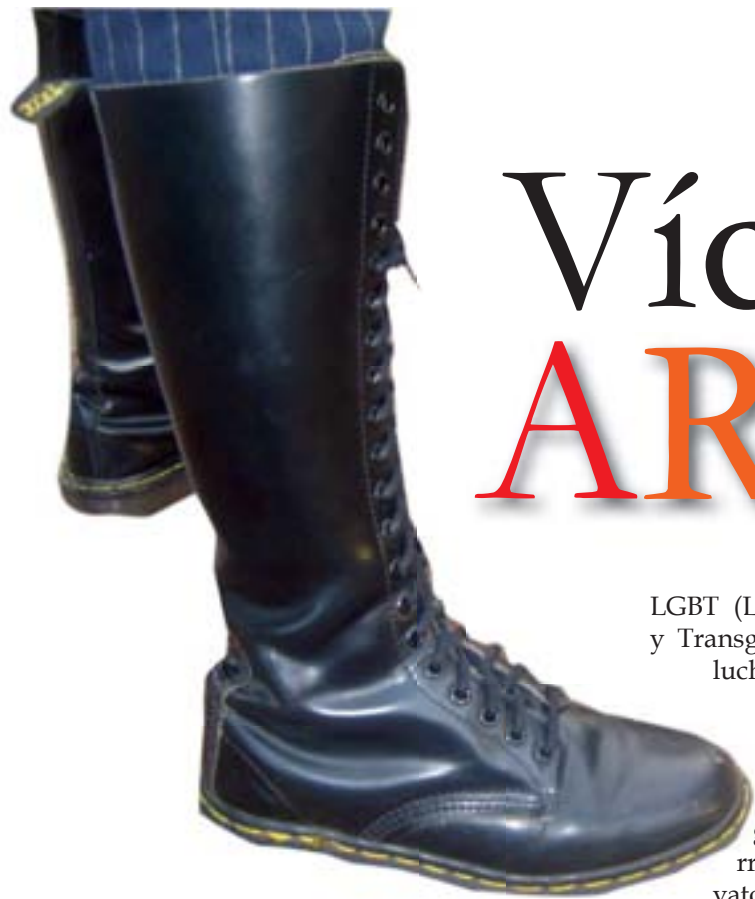
Otro hombre, flaco, lento y tímido hace su aparición. Es un obsesivo con trastorno del pensamiento. No mira a nadie y su voz le tiembla. Es David Ortiz, quien cuenta que después de 2 años en rehabilitación, su problema para relacionarse con los demás "cada vez se vuelve algo más complicado". Todos los días, desde hace dos meses, se levanta a las 5 de la mañana y trota hasta el mediodía sin parar. Y en la tarde puede permanecer saltando hasta tres horas.

Oscurece y los visitantes desaparecen. Los parasoles permanecerán como han estado por años: torcidos y deteriorados. Algunos médicos salen apresurados como maniacos en sus carros y desde alguna ventana o por el marco de una puerta se asoma cualquier paciente. Ni el más potente de sus gritos podría siquiera competir con los motores de la avenida cercana o con las fábricas vecinas. Ciento veinte pasos para salir de allí. ♦



Fotografía: Juan Sebastián Gutiérrez G.





# Víctimas del ARCOIRIS

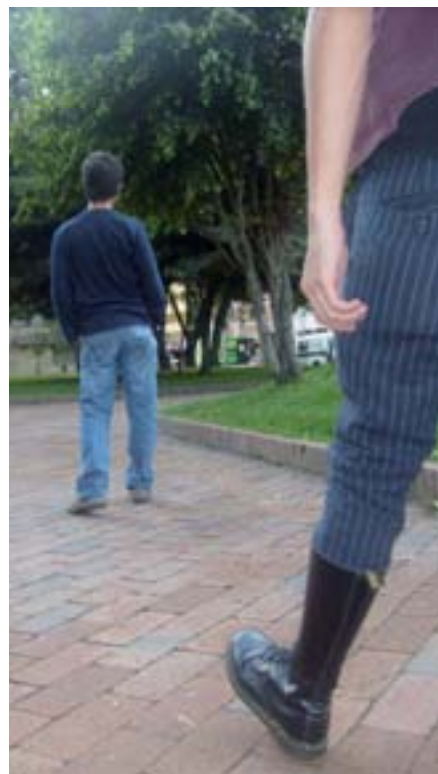
LGBT (Lesbianas, Gays, Bisexuales y Transgeneristas). Son violentos y luchan por la "raza pura", casi siempre visten de negro, con botas militares y llevan la cabeza rapada.

Ellos consideran a los gays como enfermos y aberrantes. Un análisis del Observatorio de Medios de la organización Colombia Diversa afirma que "algunas construcciones informativas asocian a gays, lesbianas, bisexuales y transgeneristas con problemas mentales o de orden físico", como está pasando en Internet donde hay varias amenazas, expresiones e invitaciones homofóbicas circulando.

Esa noche, Cristian y Roland se armaron de valor y se acercaron al lugar de la riña donde comprobaron sus sospechas. Oscar y Andrés recibían una fuerte golpiza por parte de cinco neonazis. Allí, los empujaron contra el piso y se sumaron a la suerte de sus amigos. Intentar defenderse fue casi imposible.

En el sector de Chapinero son más comunes los casos de agresiones contra dicha comunidad, desde que el ex alcalde Luis Eduardo Garzón lo proclamara Territorio Diverso, por eso algunos lo llaman: Chapigay. Las autoridades no toman medidas y mucho menos si las víctimas siguen sin denunciar, como sucede con frecuencia.

Por eso, "Martuchis", reconocida indigente del sector, los protege hace un año. Esta vez no fue la excepción. Cristian logró escaparse contando con la fortuna de encontrarla. Agitado, la llevó al sitio y hoy recuerda sus palabras: "¡Dejen a mis niños quietos que ellos no están solos!". Los neonazis la miraron y se rieron a carcajadas: "no se meta o le va ir peor" gritaban, "¡listo! no me meto...", dijo en



Fotografía: Diana Carolina Camacho C.

tono irónico y se fue, haciendo una seña con la mano a sus protegidos, indicándoles que regresaría.

Dio la vuelta hacia el otro costado de la Iglesia donde paradójicamente hay un CAL, allí comentó a dos policías lo que estaba sucediendo casi en sus narices. Tres de los agresores fueron capturados y el caso se encuentra en proceso judicial.

Hoy, Cristian, Oscar, Roland y Andrés no han perdido el miedo de caminar por las calles que un día fueron muy seguras para ellos. Sus atacantes son sólo un pequeño grupo de la gran banda de neonazis que se reúne y entrena en el Parque Nacional, los mismos que acechan a la comunidad LGBT. Su bandera, los colores del arcoiris, seguirá opacada por el negro y rojo de quienes, en inauditos actos de violencia, socavan su alegre mundo de fantasía. ♦

Por Diana Carolina Camacho C.

Con un particular movimiento de caderas, entre risas y coqueteos, cuatro hombres caminan por la carrera 13 hacia al parque de Lourdes. Se pasean tranquilos ante la mirada atónita de algunos transeúntes, pero ellos ya "salieron del closet", así que no les importa lo que piensan los demás. Cristian, Oscar, Roland y Andrés vestidos de jeans y camiseta apretados, quedaron de encontrarse con dos amigos más para ir de rumba. Pero este viernes no será tan divertido como esperan.

Son más de las nueve cuando llegan a Lourdes, allí esperan impacientes. Cristian y Roland van por cigarrillos así que se alejan unos metros, al regresar Oscar y Andrés ya no están. Piensan que se adelantaron al bar, donde se supone es el plan, no los encuentran, en sus alrededores, tampoco. Roland, alcanza a notar, por uno de los costados de la iglesia, una pequeña disputa. Aunque no ve bien lo que sucede imagina lo peor, le señala la situación a Cristian que sólo se atreve a decir: "los agarraron los calvos".

"Los calvos" son neonazis que andan rondando el sector y que amenazan con frecuencia a la comunidad

ORACULO 18 / 2008



# LIBROS independientes

**"Hablan mucho de la belleza de la certidumbre como si ignorasen la belleza sutil de la duda. Creer es muy monótono; la duda es apasionante"**

Óscar Wilde

Por Fernando Torres Zambrano

Su mirada se columpia escuchándolo todo, sus ojos presas del desvelo dan fe de su oficio inagotable de editor, tantas páginas visitadas, tanto café y el índice mareado de su trasegar por el papel.

Luis Rocca es el vicepresidente de la Red de Editoriales Independientes de Colombia (Reic) y encabeza el Taller de Edición - Rocca. Lleva el pelo canoso y desordenado, usa gafas grandes de marco delgado que le cubren media cara. Es un apasionado por su oficio guerrero, un amanuense que dice no tener mucho dinero para gastos suntuosos, pero defiende la labor cultural de quien se dedica a gastar de su propio bolsillo para publicar monstruos de letras.

Su oficina, decorada con billetes de diez y cincuenta mil pesos, afiches, El Quijote de Roberto Páez (1965), tabaqueras con fotos de mujeres desnudas besándose y una caja de papel de arroz marca Faros, queda en el segundo piso de un edificio gris junto a la Plaza de Toros la Santa María.

Habla despacio y usando un tono suave. Su voz agrietada recuerda el golpe militar de 1973 en Chile, que lo obligó a abandonar sus estudios en Sociología en la Universidad de Concepción, una casa en la playa y a su novia, Magdalena Barrenechea. Regresó a Bogotá y con su amigo Alberto Díaz Uribe, ya fallecido, compraron una imprenta y comenzaron a publicar folletos de apoyo a los exiliados o repatriados de la dictadura chilena.

"Nos pusimos en ésas, no teníamos ni la más remota idea, pero aprendimos a hacerlo y terminamos con una imprenta modesta, —dice mientras señala hacia la ventana como si se pudiera ver el lugar en el mismo barrio La Macarena en donde inició su carrera como editor, entonces aprendimos todo el proceso, desde hacer los textos, montarlos, pasar las películas, quemar las planchas, mezclar tintas y producíamos cosas comerciales y otras no comerciales también".

La Reic comenzó este año de manera formal durante la XXI Feria Internacional del Libro de Bogotá, pero Rocca dice que ha sido un trabajo de integración de los editores independientes del país de más de un año, con el apoyo del Ministerio de Cultura y el Centro Regional para el Fomento del Libro en América Latina y el Caribe (Cerlalc). La red está compuesta por 27 editoriales del país con ánimo de no perder, que entienden el libro como un vehículo de comunicación y que buscan defenderse de la industria cultural multinacional, principalmente la española: "De cien libros que compra América Latina a España, en conjunto, Latinoamérica le vende uno". Dice con la frescura de quien confía en la terquedad y la utopía.

Enciende un Pielroja con su encendedor de gasolina, como si este acto regular y acostumbrado, diera paso al momento de hablar del riesgo que corren en el oficio. Afirma que ellos dependen de las capacidades de distribución y la rentabilidad de sus publicaciones en librerías. También, del aporte que el autor hace para la publicación de su obra. Con la dignidad del artista, no aceptan limosnas, pero agradecen el apoyo del gobierno.

"Hay mucho que hacer todavía, hay que trabajar en el tema de la biodiversidad —una palabra acuñada en el gremio que busca construir redes de autores colombianos e internacionales que lleguen a todo tipo de público—, del precio único del libro, que significa que no existan descuentos de ningún tipo para librerías o bibliotecas, y otros temas que se pueden adelantar ahí. Estamos en pañales, pero lo que se ha hecho, se ha visto y es importante".

Toma de su biblioteca los títulos publicados recientemente por el Taller y los va poniendo sobre el escritorio. *La Antología de poesía erótica colombiana del siglo XX* de Juan Manuel Roca, *La mirada enferma* de Miguel Manrique —su primer libro como editorial—, entre otros. Los mira y comparte con emoción infantil, arrastra sus dedos sobre las portadas con el tímido arrebato de quien acaricia el vientre de la mujer que ama o pretende amar. Con la pasión desenfadada por editar sin perder el aliento. Como pulsión de vida y no de muerte. ♦

Fotografías: www.morgellie.com

ORACULO 18 / 2008





Fotografías: José Baez

No habla con nadie, los que ya están borrachos se le burlan, pero él no les hace caso. Dice que le gusta la música y sentarse con un cigarrillo a pensar o a componer. Canta vallenatos que no riman y que dicen ser de su autoría. Asegura, también, haber visto a Silvestre Stallone en un yate que paseaba cerca del islote; conocido a los Estéfan para grabar un disco, y compuesto *No woman no cry*, el famoso reggae de Bob Marley.

Cae la noche y se enciende la energía de la planta entregada por el presidente Andrés Pastrana. Los televisores están a todo volumen en la novela de moda. Por más miserables que sean las casas, casi todas tienen televisor pantalla plana, y equipos de sonido. Continúan las peleas rompiéndose botellas en la cabeza. Los *Picós* siguen reventando la noche estrellada a pun-



ta de vallenatos. Un niño hace como si la botella de ron, olvidada por su padre, fuera una guacharaca, toma un sorbo largo cantando *"se me acabó el dinero pero mi vida no"*, mientras los más pequeños le piden un poco y bailan sobre un charco.

A las 12 de la noche apagan las luces, pero eso no les impide seguir tomando, amanecen y siguen hasta el martes. Ya vienen las fiestas de la Virgen del Carmen y las del día del pescador, y el islote volverá a ser igual. Existe riesgo sobrepoblacional, de higiene, alimentación, educación, de que una barracuda te arranque un dedo por ser pescador o un vecino sea tu peor enemigo. Pero el verdadero riesgo que existe es que el islote te vuelva loco, como le pasó a Edwin. Bien dice el dicho, "pueblo pequeño, infierno grande". ♦



# NÚMEROS y más números

**Desde hace 15 años, el barrio Restrepo, que se dio a conocer como sector comercial por la industria del calzado, se convirtió en zona para numerólogos, tarotistas y supertisiosos que prometen números para ganar el chance.**

Por Fabio Prieto.

**E**ste fenómeno empezó a mediados de los 90, cuando un grupo de numerólogos se instalaron allí. Algunos que vivieron esta época afirman, que estos personajes empezaron a recomendar una serie de números para jugarlos con las loterías, multiplicando las ganancias en sus clientes y haciendo que todo el barrio participara de este fenómeno hasta llegar a quebrar algunas casas chanceras. En el Restrepo hay más de 20 consultorios o clubes sociales, donde muchos acuden en busca de un número ganador.

Una consulta puede costar \$15.000, a lo que hay que sumar lo que se necesita para apostar. Los numerólogos, dan los nombres de las loterías con las que supuestamente se va a ganar, pero hay quienes no se conforman y apuestan con todos los sorteos diarios que son 16 a nivel nacional e internacional. Dicen que los números se demoran en caer cinco días. Lo que quiere decir que una persona que apueste \$ 2.000 diarios con todas las loterías puede llegar a gastar \$ 32.000. ¿Y si los nú-

meros no caen? Ese es el verdadero riesgo, hay personas que aumentan sus apuestas, hay otros que dejan de jugar, mientras tanto otros simplemente tocan fondo.

Como fue el caso de Sandra Gutiérrez, una ama de casa que estuvo cerca de perder su familia por ser una jugadora compulsiva de chance. "Una vecina me dio un número, lo empecé a jugar con todas las loterías. Llegó el momento que me quedé sin plata y recurrí a jugar con la plata de los servicios y de los gastos de la casa. Cuando mi marido se dio cuenta casi me bota de la casa. Nos cortaron agua, luz, teléfono. Todo por apostar a un número que nunca salió ganador", relata.

Pero hay quienes afirman todo lo contrario y que dicen haber tenido suerte, le pasó a Narcés Marulan-

da. Asegura que cada mes se gana \$1.000.000 jugando el chance: " Los números caen, lo que pasa, es que acá hay mucho charlatán y han estafado a muchas personas", señala.

Los numerólogos se han hecho populares en toda la capital gracias a la radio. Muchos de estos programas en emisoras como Super y Todelar, donde la gente llama a dar sus testimonios, contando cuanto dinero ganó.

Pese a los testimonios como el de Sandra Gutiérrez, este tipo de prácticas ha tenido un crecimiento desenfrenado, lo que ha originado en esta zona de la ciudad la aparición de nuevos lugares donde entregan números como también la apertura de más locales para apostar en los sorteos de las loterías. ♦



Fotografía: Fabio Prieto





# Infierno GRANDE

Fotografía: Juan Giraldo / Archivo El Tiempo

14

El islote de Santa Cruz es tan pequeño como la Plaza de Bolívar de Bogotá. Allí viven 1.247 personas en 97 casas.

Por José Ricardo Báez G.



Hace parte del archipiélago de San Bernardo en el Golfo de Morrosquillo, a una hora de Tolú (Sucre). Es un barrio pobre circular, rodeado de un mar sucio. No tiene playas y su ubicación es predilecta para evitar los insectos cuando cae la tarde.

Las calles del islote son laberínticas y estrechas. Para recorrerlo de un extremo a otro no hay que dar más de cien pasos, y aunque no tiene más que una hectárea de longitud, como visitante es posible estar en un lugar y olvidar cómo llegar de nuevo.

Fue construido artificialmente encima de un coral, utilizando escombros, caracol y mangle, por unos pescad-

res de Barú. Frente al pueblo está el Hotel Punta de Faro, el más caro de Colombia. Por eso visitan el islote europeos y norteamericanos que quedan encantados con este lugar, el más densamente poblado del mundo.

Observar el islote como una curiosidad tercermundista es sencillo, pero entender las dificultades y riesgos que existen es una problemática mucho más compleja.

La sobrepoblación es inminente. Su densidad es de 1,25 personas en 10m<sup>2</sup>. Bogotá tiene 0,3 personas. Es decir, si el islote tuviera 1km<sup>2</sup> y mantuviera esa densidad, vivirían 125.000 personas. En Bogotá, en ese mismo espacio, viven sólo 3.000.

Hay por lo menos 700 niños. Las parejas tienen en promedio cinco hijos, por eso las calles del islote

siempre están llenas de negritos desnudos, la mayoría desnutridos. Creen que el tema de sobrepoblación les da reconocimiento internacional y es su carta de presentación a quienes pueden pagar langostas y pescados a buen precio. "Si se llena, tocará llenar de escombros y mangle hasta donde se ve arena (aproximadamente 5 metros) eso daría para dos o tres casas más, después... Habrá que empezar a salir del islote, pero no sé para dónde" me dice Rogel Rojas un nicaragüense que se instaló en el islote con su esposa hace ya ocho años.

No hay alcantarillado y el acueducto es deficiente. El agua que toman es de lluvia que recogen en canecas. Varios isleños se ganan la vida trayendo agua potable desde Cartagena y Tolú, pero a veces es muy costosa. Algunas casas tienen baño, pero la mayoría de isleños defeca junto al mar, entregando alimento a las langostas, sábalos y pargos, que más tarde serán exóticos y costosos alimentos para turistas.

La educación es tan pobre que, dicen los isleños, "para surgir hay que salir". La única escuela que hay tiene tres jornadas. Los profesores no viven allí y muchas veces no asisten.

La marihuana y cocaína han estado presentes en este islote desde que se encontraban cargamentos que botaban al mar las lanchas dedicadas al narcotráfico. Los isleños vendían la droga y construían casas o compraban lanchas costosas, también consumían. En una pared del islote, cerca de la planta de energía hay un letrero que dice "Proivido meter vicio"(sic).

La identidad también se ha perdido. Dentro del islote se adquieren apellidos no consanguíneos como un agradecimiento a la familia que le ha dado alimento y techo, se consideran hijos y adoptan el apellido. Por ejemplo, Edwin dentro del islote es Edwin Barrios Berrío, pero legalmente sus apellidos son Barrios González. Por eso se pierde el orden estructural de las familias, y ya poco saben quién es familia de quién.

El que los recuerda a todos es Tío Pepe, el hombre más viejo que habita el islote. Su nombre es Miguel Felipe Morelo Castillo. "Tuve 29 hijos, me han quedado 18, 108 nietos, 138 bisnietos y 4 tataranietos". Tiene 92 años, ya no puede usar muy bien sus piernas por eso anda con caminador.

Él es la memoria del islote. Recuerda que los primeros que llegaron fueron de Barú buscando la tortuga de carey. "Vinieron dos familias, la familia Cortéz y la familia Julio. Hicieron buena pesca. Cogieron la isla, ésta, el islote que era solo manglar, así que ahí se arrancharon". Tío Pepe

pasa las tardes bajo un kiosco de palma recordando los más pequeños detalles, las filiaciones familiares, los lazos de consanguinidad, las historias de sus tres esposas que eran vecinas y las de su tío Papá Geo y de su buen amigo Julito, que murieron en el océano.

Tío Pepe asegura que lo mejor de vivir aquí es la tranquilidad, "estar alejados de la guerra". Aunque recuerda cuando la policía laureanista visitó el pueblo y acribilló a un hombre por declararse liberal públicamente. Al igual que él, todos aseguran vivir tranquilamente. Dicen que no hay problemas y por eso no se necesita policía

**Algunas casas tienen baño, pero la mayoría defeca junto al mar, entregando alimento a las langostas, sábalos y pargos, que más tarde serán exóticos y costosos alimentos para turistas.**

## La parrandita

El 3 de mayo celebran las fiestas de la Santa Cruz. Un homenaje a la cruz que está en medio del islote y protege a los pescadores. "Según cuenta mi papá, que tiene 78 años, cuando se fundó esa cruz era para que el diablo no nos llevara, la levantaron para que retirara a Mahoma, que es el anticristo", explica Guillermo Cardales, presidente del comité deportivo del islote. Ese día sacan una procesión que llena las calles, una muchacha paga una penitencia cargando un madero por todo el islote. Llega donde está la cruz, se arrodilla, la abraza y llora. Todos los asistentes aplauden y prenden velas mientras bailan alrededor.

Son las 12 del domingo 4 de mayo, y los hombres siguen sentados tomando ron, calentado por el inaguantable sol. La isla es un infierno. Las mujeres están en casa y prefieren no salir, las más jóvenes bailan champeta. En tres lugares de la isla hay *Picós* a todo volumen. El ruido y el calor son insoportables. La cerveza y el ron les hacen desperdiciar palabras. Todos los isleños tienen los ojos bizcos y rojos por el alcohol. Algunos caen al piso del cansancio, mientras duermen, vomitan; luego se levantan y siguen tomando. Los tragos, la saliva amarga, el calor, la champeta, suenan vidrios rotos, un hombre sale

corriendo cogiéndose la cabeza. *El chichi* acababa de romperle una botella a *El fiero*. Las mujeres intervienen empujando a ambos jóvenes, las miradas se caldean y las orejas son bermellones. Los niños gritan felices, ¡hay pelea, hay pelea! Tío Pepe aparece y se detiene la discusión.

A Edwin Barrios lo creen el loco del pueblo. Tuvo un accidente que le afectó las piernas y el cerebro. Pero parece, a simple vista, tranquilo e introvertido. No le gusta el 3 de mayo, prefiere no meterse con la gente y evitar problemas. Dice que la peor maldición de vivir en el islote es no poder estar solo en algún lugar.



Fotografía: José Báez



ORACULO 18 / 2008

15